

Mensaje nuevo

La suprema preciosidad de Cristo en 1 y 2 Pedro

Lectura bíblica: 1 P. 1:7, 19; 2:4, 6-7; 3:4; 2 P. 1:1, 4

I. Los creyentes de Cristo deben tener un cambio en su concepto de valores—Mt. 23:16-26; 1 S. 16:7; Lc. 16:15; 9:54-56; 1 P. 3:4:

- A. El concepto apropiado de lo que es valioso para los creyentes se puede ver en la manera en que valoran y evalúan los siguientes aspectos de Cristo y Su plena salvación:
1. La manera en que evalúan al Señor Jesús—Sal. 118:22; 1 P. 2:7.
 2. La manera en que evalúan la palabra de la cruz—1 Co. 1:18; 1 P. 2:24; 3:18.
 3. La manera en que evalúan el reino y la justicia de Dios en comparación con las necesidades diarias humanas—Mt. 6:32-33; 13:34; 1 P. 2:24; 3:14; 2 P. 1:1, 11; 2:5; 3:13.
 4. La manera en que evalúan al Señor Jesús en comparación con sus familiares—Mt. 10:37-38; Lc. 18:26-30; 1 P. 1:1, 17; 2:11a.
 5. La manera en que evalúan el alma del hombre en comparación con todo el mundo—Mt. 16:26; 4:8-11; Ap. 18:13; 1 P. 1:9; 3:20; 4:19.
 6. La manera en que evalúan su cuerpo en comparación con la seriedad del pecado y las consecuencias que acarrea—Mt. 18:8-9; 2 P. 3:10-13.
 7. La manera en que evalúan una posición jerárquica en comparación con ser esclavos del Señor y esclavos los unos de los otros—Mt. 20:25-27; 1 P. 2:16; 2 P. 1:1.
 8. La manera en que evalúan a Cristo como el tesoro de justicia en comparación con el tesoro terrenal—Job 22:23-28; Mt. 12:18-21; Is. 42:1-4; 1 P. 1:18-20.
 9. La manera en que evalúan el disfrute del pecado en comparación con el galardón invisible—He. 11:24-27; 1 P. 1:8-12; 2 P. 1:8-11; 2:20-22.
 10. La manera en que evalúan el conocimiento de Cristo en comparación con todas las cosas—Fil. 3:7-8; 1 P. 1:8; 2 P. 1:2-3, 8; 2:20; 3:18.
- B. Debemos pedirle al Señor que nos conceda la luz para tener un cambio radical en nuestro concepto de valores, de modo que continuamente escojamos a Cristo y todo lo que Él es como nuestra excelentísima porción—Mr. 9:7-8; 2 Co. 2:10; 4:7; 1 P. 1:8.

Mensaje nueve (continuación)

- C. “Si separas lo precioso de lo vil, serás como mi boca”—Jer. 15:19; cfr. v. 16:
1. Debemos atesorar las palabras del Señor más que nuestra comida, gustando al Señor en Su palabra como la realidad de la buena tierra que fluye leche nutritiva y miel fresca, las cuales nosotros podemos impartir al pueblo de Dios para que experimente su plena salvación—Job 23:12; 1 P. 2:2-5; Sal. 119:103; Dt. 8:8; Cnt. 4:11a.
 2. Debemos atesorar las palabras del Señor más que todas las riquezas terrenales, a fin de poder hablar oráculos de Dios que impartan las inescrutables riquezas de Cristo como la multiforme gracia de Dios—Sal. 119:72, 9-16; Ef. 3:8; 2 Co. 6:10; 1 P. 4:10-11.

II. Cristo mismo es lo máspreciado para Sus creyentes—2:7; Fil. 3:8-9:

- A. Pedro fue fascinado (atraído y cautivado) por el Señor a tal grado que a pesar de haber sido reprendido por Él muchas veces y de haber fracasado miserablemente, él siguió al Señor como Su Pastor hasta su martirio—Lc. 5:8-11; Mr. 14:67-72; 16:7; Jn. 21:15-22; 2 P. 1:14-15.
- B. Pedro comprendía que él, Jacobo y Juan habían sido admitidos en el grado más alto de iniciación cuando el Señor se transfiguró, admitidos para ser iniciados como espectadores de la majestad del Señor—vs. 16-18; cfr. 1 P. 5:1.
- C. En Su ascensión Cristo es “el Majestuoso” (Is. 33:21): Él es nuestro Dios y Salvador (2 P. 1:1) y el Señor de todos (1 P. 3:22; Hch. 2:36), es nuestro Juez, nuestro Legislador y nuestro Rey en el gobierno de Dios (Is. 33:21-22), a fin de impartirse a Sí mismo en nosotros y ser nuestro disfrute para que tengamos una salvación completa (Ap. 22:1).

III. La piedra preciosa útil para el edificio de Dios es Cristo mismo—1 P. 2:4, 6-8:

- A. En la economía neotestamentaria de Dios, Cristo, por ser el escogido de Dios y la preciosa piedra angular, nos salva al hacer de nosotros piedras vivas y nos transforma para que sea edificada la casa espiritual de Dios, Su morada—Hch. 4:11-12; Ef. 2:20-22.
- B. Cristo, la piedra viva, preciosa y todo-inclusiva, es la centralidad y universalidad en el mover de Dios para que sea

Mensaje nueve (continuación)

edificada Su morada eterna—Mt. 21:42, 44; Hch. 4:10-12; Is. 28:16; Ef. 2:19-22; Zac. 3:9; 4:6-7; Dn. 2:34-35.

IV. La preciosa sangre de Cristo nos redimió de nuestra vana manera de vivir—1 P. 1:14, 18-19:

- A. La sangre redentora de Cristo es la sangre del pacto que nos introduce en la presencia de Dios, en Dios mismo y en el pleno disfrute de Dios en Su naturaleza santa, para que seamos santos en toda nuestra manera de vivir y lleguemos a ser Su sacerdocio santo y la ciudad santa—vs. 2, 15-17; Ef. 1:4; Ap. 21:2, 16.
- B. Si vemos que fuimos redimidos, comprados, adquiridos, por el alto precio de la preciosa sangre de Cristo, esta comprensión nos hará que vivamos de una manera santa con un temor santo—1 P. 1:15-19; Hch. 20:28; cfr. Is. 11:2.

V. Nuestro Dios y Salvador Jesucristo nos ha concedido preciosas y grandísimas promesas—2 P. 1:1, 4; cfr. Is. 42:6; He. 8:8-12:

- A. Cuando invocamos el precioso nombre del Señor, le bebemos como la copa de la salvación, y así le disfrutamos como la realidad de todas las preciosas y grandísimas promesas de Dios, para que se logre la meta de obtener el edificio de Dios—Hch. 4:10-12; Sal. 116:12-13.
- B. Estas preciosas promesas están corporificadas en la palabra de Dios; cuando oramos-leemos dichas promesas, participamos y disfrutamos de la naturaleza divina, y así crecemos y nos desarrollamos en la vida divina hasta alcanzar la madurez de vida en la que disfrutaremos de una rica entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo—2 P. 1:4-11.

VI. Dios nos ha asignado a todos los creyentes una fe igualmente preciosa—v. 1:

- A. Así como a los hijos de Israel se les asignó una porción de la buena tierra, Dios nos ha asignado a Cristo como fe, lo cual hace que nuestro espíritu regenerado, el hombre interior escondido en el corazón, sea un espíritu de fe—Jos. 13:6; Col. 1:12; 1 P. 3:4; 2 Co. 4:13.
- B. Todos tenemos la misma fe preciosa en cuanto a calidad, pero la cantidad de fe que tengamos dependerá de cuánto contacto tengamos con el Dios vivo, lo cual hace que Él aumente en nosotros—Ro. 12:3; He. 11:1, 5-6, 27; Col. 2:19.

Mensaje nueve (continuación)

VII. La preciosa prueba de nuestra fe se efectúa mediante las diversas pruebas que nos sobrevienen por medio de las aflicciones—1 P. 1:7:

- A. Debemos pagar el precio para ganar más de Cristo, quien es la fe de oro que se obtiene a través del fuego de la tribulación, para que la prueba de nuestra fe sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado el Señor—v. 7; Ap. 3:18a.
- B. Los creyentes que lleven una vida victoriosa por medio de la fe serán hallados por Cristo a Su regreso como los tesoros que están listos para recibir la salvación de sus almas, lo cual será el fin (el resultado) de su fe—1 P. 1:8-9.

VIII. Debemos redimir el tiempo para disfrutar a Cristo como la suprema preciosidad de Dios, para que al estar constituidos de Él seamos varonespreciados que sean Su tesoro personal; a medida que nosotros vivimos en Su preciosa presencia, disfrutándole como nuestra porción, e incluso a medida que Él nos disfruta a nosotros como Su tesoro, Él se forja en nuestro ser para que lleguemos a ser Su casa espiritual y Su santo y real sacerdocio, a fin de que se cumpla el deseo de Su corazón—2:7; 3:4; Dn. 9:23; 10:11, 19; 2 Co. 2:10; Sal. 16:5; Éx. 19:4-6; 1 P. 2:1-9; 2 P. 3:8, 11-12.